

santa pobreza tanto más admirable en él, cuanto eran mayores los bienes y comodidades que había dejado en el siglo, el espíritu de interna devoción que animaba todas sus obras y que tanto se percibe en las *Prácticas de Villagarcía*, la prudencia mesurada de su gobierno, la caridad inagotable que ejercitó con sus hermanos de religión, aun después de suprimida la Compañía, estas y otras virtudes, cuyos actos sería largo enumerar, hacían del P. Idiáquez uno de los religiosos más perfectos que honraron a nuestra Orden en el siglo XVIII (1).

Menos brillante, humanamente hablando, que la del P. Calatayud o la del P. Idiáquez fué la vida del P. Agustín Cardaveraz, pero no menos preciosa a los ojos de Dios. Este humilde y devotísimo religioso había nacido en Hernani (Guipúzcoa) el 28 de Diciembre de 1703. Poco después sus padres, que eran de linaje noble, trasladaron su domicilio a San Sebastián, y en esta ciudad recibió su primera educación religiosa y literaria nuestro Agustín, acudiendo a las aulas del colegio de la Compañía. Desde entonces cobró afición a la oración retirada y al trato con Dios, de quien fué prevenido con especiales bendiciones de dulzura. A los trece años de su edad, después de madura deliberación, hizo voto de castidad, ofreciéndolo a Dios por manos de María Santísima. Pagóle este obsequio la divina Madre, apareciéndole un día y mandándole entrar en la Compañía de Jesús. Tardó algún tiempo en cumplir esta orden, pues aunque su madre, a quien manifestó su deseo de ser religioso, se mostró propicia a tal pensamiento; pero por parte de su padre hubo dificultades que difirieron algunos años la ejecución de la obra. Concluido el curso de las letras humanas en San Sebastián, su padre le envió a Pamplona para estudiar filosofía, y de allí a Valladolid, para que siguiera la carrera de leyes.

En ambas ciudades aprovechó siempre en el espíritu, frecuentando cuanto podía las santos sacramentos, dirigido por prudentes confesores de la Compañía. En Valladolid logró por fin vencer todos los estorbos que se oponían a su vocación y fué admitido en la Compañía en el colegio de San Ignacio el 20 de Agosto de 1721. Pasó a Villagarcía para hacer su noviciado y en esta casa le conoció el P. Juan de Loyola, socio entonces del maestro

(1) Navarrete, *De viris illustribus*. La biografía del P. Idiáquez es la más extensa y cumplida que escribió este autor.

de novicios, que andando el tiempo había de secundar eficazmente los planes de Agustín en propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Una tribulación inesperada vino a perturbar su noviciado a los diez meses. Cierta pariente suya, hombre influyente y poderoso, imaginándose que los jesuitas le habían engañado, obtuvo una orden del Nuncio apostólico, para que el joven fuese depositado en el convento de los franciscanos de Valladolid y allí fuese examinada su vocación por un juez eclesiástico. Esta impertinencia sirvió solamente para mostrar la fineza del amor con que Agustín había abrazado la vida religiosa. El eclesiástico encargado de examinarle, después de haberle interrogado varias veces, no pudo dejar de ver la mano de Dios en aquel negocio y con muestras de estima y afecto le dejó volver a Villagarcía.

Hechos los votos del bienio el 21 de Agosto de 1723, repasó algún tanto las letras humanas en la misma casa de Villagarcía y luego estudió filosofía en Palencia. Ya entonces se resintió bastante su salud con el trabajo de los estudios, y sin embargo, gracias a su buen ingenio, era de los estudiantes más aprovechados de aquel curso. Concluida la filosofía en Palencia, pasó a estudiar teología en el colegio de San Ambrosio en Valladolid y en él perseveró el quadrienio de 1726 a 1730. Fué ordenado de sacerdote el 26 de Diciembre de 1728. Siguióse la tercera probación, como es costumbre entre nosotros, y luego le señalaron para enseñar gramática en el colegio de Bilbao. Tres años perseveró en este oficio, en pos de los cuales fué mandado a Pamplona para enseñar filosofía. Un año solamente le duró esta ocupación, pues su salud, bastante endeble en los años anteriores, se trastornó ahora de tal suerte, que los médicos y superiores temieron por su vida.

Retiráronle del trabajo de la enseñanza y lleváronle a Guipúzcoa, para probar si los aires naturales le devolvían las fuerzas. Treinta y un años continuos, de 1736 a 1767 habitó el Padre Cardaveraz en la casa de Loyola, prestando excelentes servicios como operario en la lengua vascongada. En aquella santa casa hizo la profesión solemne el 2 de Febrero de 1739. Ya en Valladolid y en Bilbao había ejercitado algún tanto su celo en los ministerios apostólicos. Ahora, restablecida su salud, entregóse con fervor a procurar la salvación de las almas, predicando en vascuence y oyendo de confesión a sus paisanos que no entendían bien la lengua castellana. Durante diez y nueve años hizo con-

tinuas excursiones espirituales por los pueblos de Guipúzcoa, Vizcaya, Navarra y Álava, sembrando la palabra de Dios entre aquella gente sencilla que correspondía admirablemente a los trabajos del misionero. Al cabo de este tiempo, vino a echar sangre por la boca algunas veces, por lo cual le prohibieron los superiores la predicación pública a grandes concursos.

Dedicóse entonces a dar los Ejercicios espirituales en la casa de Loyola a las personas piadosas que en aquel tiempo, como ahora, acudían al célebre santuario, para empaparse en las máximas y en el espíritu de nuestro Padre San Ignacio. Ya iban declinando sus fuerzas y empezaba a sentir los achaques de la vejez, cuando de pronto le sacó de Loyola el destierro de Carlos III. Embarcóse en San Sebastián, y ya supondrá el lector lo que había de padecer en aquellas penosas navegaciones un hombre de salud tan frágil y ya quebrantado por los trabajos apostólicos. Los tres años que le duró la vida en el destierro fueron tres años de continuado martirio. Por fin consumido por las fatigas de los caminos, por las privaciones increíbles a que se vió expuesto con todos sus hermanos, por las tribulaciones sin ejemplo que estaba padeciendo su amada Madre la Compañía, el P. Cardaveraz vió tranquilo acercarse la muerte y la recibió el 18 de Octubre de 1770 en el pueblo de Giovanni, a diez millas de Bolonia (1).

Hombre de angélicas costumbres, que conservó siempre intacta la inocencia bautismal, favorecido por Dios con los dones más exquisitos de altísima contemplación, el P. Cardaveraz en su vida interior recordaba a aquellos grandes maestros de espíritu, como el P. Baltasar Álvarez y Luis de la Puente, y como ellos hermoseó su alma con los actos de las más heroicas virtudes, en medio de un tenor de vida que parecía ordinario en la vida religiosa de la Compañía. Luego explicaremos la acción benéfica de este hombre en difundir por España la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Por ahora sólo queremos recordarle como ejemplo de observancia religiosa, de celo apostólico en promover la piedad entre el pueblo católico y como muestra de lo que puede un hombre de poca salud, de talentos no muy extraordinarios, pero dócil a la dirección de la santa obediencia y entregado resignadamente en las manos de Dios.

Con el nombre del P. Agustín Cardaveraz viene íntimamente

(1) Navarrete, *De viris illustribus*.

enlazado el de su coapóstol en propagar la devoción al Sagrado Corazón, P. Bernardo Francisco de Hoyos. Este angélico joven nació en Torrelobatón, villa bastante conocida a cuatro leguas y media de Valladolid, el 21 de Agosto de 1711. Sus padres le criaron en el santo temor de Dios, y cuando tuvo edad competente, le pusieron a estudiar gramática en nuestro colegio de Medina del Campo. Después le trasladaron al de Villagarcía, donde continuó en sus tareas escolares hasta que llegó el momento de entrar religioso. Todo el tiempo que vivió en el siglo fué modelo de inocencia, de piedad y de aplicación al estudio. Al acercarse los quince años pretendió entrar en la Compañía, y aunque no dejó de sentir alguna oposición en sus padres, pronto obtuvo su consentimiento. Detuviéronse un poco nuestros superiores en recibirle, pues Bernardo era pequeñito de cuerpo, de rostro aniñado y de salud bastante frágil. Esto no obstante, las pruebas que había dado de sincera piedad y el ingenio vivo y despierto que mostraba hicieron que pronto se resolviese la duda. El P. Hoyos fué recibido en la Compañía el 11 de Julio de 1726.

Hizo su noviciado en Villagarcía y ya allí le conoció y empezó a dirigirle en el espíritu el P. Juan de Loyola, que era entonces socio del maestro de novicios. Corta fué la vida religiosa del P. Hoyos, como que sólo duró nueve años. El noviciado lo hizo en Villagarcía, estudió después la filosofía en Medina del Campo de 1728 a 1731. Inmediatamente cursó la teología en el colegio de San Ambrosio de Valladolid de 1731 a 1735 y en medio del cuarto año fué ordenado de sacerdote el 2 de Enero de 1735. Cuando empezaba la tercera probación en el colegio de San Ignacio de la misma ciudad, expiró santamente el 29 de Noviembre del mismo año. Once meses tan solo fué sacerdote. A esto se redujo exteriormente la vida de aquel joven, cortado en flor, o por mejor decir, trasplantado a la patria celestial, para vivir entre los ángeles, cuya pureza había imitado en la tierra.

Esta vida tan breve fué hermoseada con las más heroicas virtudes que un joven puede ejercitar. Ya en el siglo había sido Bernardo un ejemplo de pureza y recogimiento. En la religión subió de punto el mérito de estas virtudes que le dispusieron a recibir especiales gracias de Dios. Desde que vistió nuestra sotana formó un propósito firmísimo de no quebrantar regla ninguna, tomó por especial modelo a San Juan Berchmans y recogiendo todas las máximas, observaciones y propósitos que corrían manuscri-

tos de este santo, procuró cuanto pudo conformarse enteramente con ellos. Daba cuenta con mucha simplicidad y claridad a los superiores de todo lo que pasaba por su interior, así de las tentaciones fuertes, con que internamente le combatía el demonio, como de los dones y gracias sobrenaturales con que le favorecía la divina misericordia.

El Señor le escogió como principal instrumento para propagar en España la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Más adelante explicaremos lo que trabajó en esta gloriosa empresa. Por ahora sólo queremos notar, que habiéndose entregado del todo a practicar en sí mismo y a enseñar a otros tan dulce y eficaz devoción, recibió como ninguno los efectos espirituales de ella, y fué toda su vida un continuo ejercicio de la caridad de Dios. Como era de salud débil y enfermiza, no pudo hacer las rigurosas penitencias que leemos en las vidas de los santos, y los superiores tuvieron mucho cuidado de prohibirle ciertas maceraciones excesivas que deseaba hacer. Con todo eso supo mortificar su cuerpo discretamente, sin que exteriormente aparecieran indicios de grandes austeridades y fué en realidad todo lo penitente que podía ser. Nunca dejó de pedir penitencias a los superiores y siempre éstos hubieron de tirarle la rienda, para que no estragase su delicada salud.

Muchas esperanzas había fundado la Compañía en este joven privilegiado; pero Dios le quiso llevar, cuando empezaba a producir los más sazonados frutos. Cerraremos este breve recuerdo con el breve elogio que le dedican las cartas anuas del trienio 1734-1737. «Debemos lamentar, dicen, la muerte del P. Bernardo Francisco de Hoyos, que expiró en nuestro colegio de San Ignacio el 29 de Noviembre de 1735, a los veinticuatro años de edad y nueve de Compañía. Fué un joven de virtud singularísima, de admirable pobreza, con la que rehusó todos los dones y obsequios que le ofrecieron sus parientes y los de casa, de perfectísima obediencia, con la que se entregó totalmente a la dirección de los superiores, no desviándose de ella ni un punto y manifestándoles confiadamente todas sus cosas y aun las ilustraciones que recibía de Dios, para no apartarse en lo más mínimo del camino de la perfección, de castidad angélica, que siempre conservó tan pura, que habiéndole una vez presentado en sueños el demonio una imagen obscena, despertó al punto despavorido y sudando de horror, y para defender mejor esta virtud casti-

gaba su cuerpo con crueles disciplinas, hasta derramar sangre copiosa.

Ejercitó siempre admirablemente la humildad, por lo cual deseaba el desprecio de todos y ser el desecho de la plebe. Su mansedumbre en tolerar las injurias le hizo corresponder siempre con beneficios a los que le injuriaban. Le vieron encenderse tanto en el amor de Dios, que no pudiendo contenerse en lo interior aquel sagrado incendio, brotó a lo exterior y aparecieron en la superficie de su pecho heridas de fuego. Fué ilustrado por Dios con el don de una altísima contemplación, predijo muchas cosas futuras que se verificaron con el tiempo y penetró más de una vez los secretos de corazones ajenos. Ardió en grandísima devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y a su celo e industria se debe principalmente que esta devoción se haya difundido por toda España. Se cree piadosamente, y así lo escribió él mismo, que fué favorecido de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de San Ignacio y de otros santos. Murió por fin llorado por muchos y vivirá largamente en el grato recuerdo de todos» (1).

No descenderemos a reseñar la vida de otros hombres ilustres que han dejado piadoso recuerdo en el siglo XVIII. Sólo advertiremos que fueron, según todas las probabilidades, más numerosos que en la época anterior. Quien lea la obra del P. Navarrete, *De viris illustribus in Castella Veteri Societatem Jesu ingressis et in Italia extinctis*, hallará ejemplos de primer orden solamente en el recinto de la Provincia de Castilla. No debieron ser inferiores las otras tres Provincias de España, aunque a la verdad no poseemos noticias tan circunstanciadas sobre ellas. Solo advertiremos, para cerrar este capítulo, que al fin del período que vamos historiando entraba en la Compañía el hombre que con el tiempo la había de ilustrar más, el que la había de resucitar después de muerta, el que había de enlazar a la antigua Compañía con la moderna, el Venerable P. José de Pignatelli, que vistió nuestra sotana el año 1753.

(1) *Castellana. Annuae*, 1576-1764. Véase además la extensa *Vida del P. Bernardo F. de Hoyos* que, escrita primero por el P. Juan de Loyola y arreglada por el P. José Eugenio de Uriarte, se publicó en Bilbao en 1888.